

## UN HOMBRE CON SUERTE

Mi nombre es Aurelio, tengo 75 años, carpintero de profesión, soy un hombre con suerte. He visto nacer a mis cuatro hijos, tuve la suerte de estar acompañando a Ángeles, mi mujer, en el parto, recuerdo que en el nacimiento del mayor, Luis, me desmayé cuando vi un poco de sangre, con el segundo, Angelita, lloré como un niño cuando le vi asomar la cabecita, con Eduardo y Carmen ya me comporté como un padre normal, emocionado, dándole la mano a Ángeles y dándole ánimos para que empujase, casi me rompe una falange de tan fuerte como apretaba.

He pasado noches en el hospital con Luis, cuando le operaron de peritonitis, he acompañado a todos ellos al dentista, al oftalmólogo, a sus clases de natación, a esgrima, a música, a las clases de inglés. He asistido a la graduación de Angelita y Eduardo, son los dos médicos; Luis hizo una FP de mecánica y trabaja en un taller de reparación de automóviles, tiene que ser muy bueno pues es encargado del taller desde hace años; Carmen, la pequeña, es la artista de la familia, no quiso estudiar como sus hermanos, nos dio varios disgustos en su adolescencia, pero ahora la vemos feliz cada vez que nos conectamos con ella por el ordenador, no sé dónde estará ahora, la última vez andaba por Ámsterdam, pintando un mural urbano que le había encargado el Ayuntamiento de allí.

Mi nombre es Aurelio, tengo 75 años, carpintero de profesión, soy un hombre con suerte, he pasado noches, días y tardes enteras con mis hermanos, mis consuegros, mis amigos, mis primos, mis tíos y mis sobrinos cuando han estado hospitalizados, he acompañado a mis hijos durante el nacimiento de mis nietos. Es que tengo ya siete nietos, la más pequeña, Cecilia, es un torbellino y me tiene loco, tiene 3 años. He vuelto a repetir con mis nietos lo mismo que hice con mis hijos, con otra perspectiva debo admitir, pero siempre lo hice con la mayor dedicación y felicidad.

El día más feliz del año es cuando nos juntamos todos, incluso viene mi pequeña Carmen, su madre se agobia con tanta comida como hay que preparar para tantos, terminamos agotados, pero la felicidad de verlos a todos, riendo, discutiendo y jugando.

Soy un hombre con suerte, siempre lo he pensado, suerte con mis padres, suerte con mi infancia, suerte con la mujer de mi vida, suerte con trabajar en lo que más me gusta, suerte con mis hijos, suerte con mis amigos, bueno, en la lotería y juegos de azar ahí nunca la tuve, pero yo mismo me decía “de qué te puedes quejar, deja algo para los demás”.

Mi nombre es Aurelio, tengo 75 años, carpintero de profesión, ya jubilado aunque sigo haciendo algún mueble para mis nietos, el último un caballito de madera balancín para Cecilia, le he hecho uno a cada nieto, para Cecilia es un unicornio azul, con el cuerno y la cola rosa. Hace ya quince días que no veo a mis nietos, ni a mis hijos y siete días que no veo a Ángeles. Tantas veces acompañando a los demás en el hospital y ahora estoy aquí solo, sin nadie que me acompañe. Casi mejor, no vaya a ser que les pase el bicho. Sé que no deben venir a verme, no quiero contagiarles.

Solo veo las paredes de un tono blanco roto tirando a verde, el techo de esas placas desmontables, y al vecino que me ponen al lado, que no hacemos mucha relación, pues hablan poco y se van rápido. Las personas que nos atienden son majísimos, aunque solo les veo los ojos, así que los reconozco ya por el color de sus ojos, por la mañana están el ojos café con leche, un tipo grande y fuerte y la ojos almendrados ojos color canela; por la tarde una menudita con ojos azules muy muy claros y su compañera una muy gorda, de color muy moreno, casi negro, con unos ojos muy oscuros y profundos; y por la noche solo viene una, o eso creo, que como solo enciende las luces de cabecera me deslumbran y no le veo el color de sus ojos.

Solo deseo volver a ver a mis hijos, nietos y sobre todo a Ángeles, pregunto por ella y muy amablemente me contestan que todo va bien, está tres habitaciones más al fondo del pasillo, que me manda recuerdos y un beso enorme. Ella quería que nos hubiesen puesto en la misma habitación. Cuando fueron a casa a por nosotros, nos entró la risa tonta a los dos al ver aparecer a unos marcianos con trajes de astronauta, escafandra y todo. A Ángeles le costaba respirar, lo que hacía que su risa fuese aún más cómica. No pudieron ponernos juntos en la misma habitación cuando llegamos al hospital, me dijeron que andaban escasos de camas, que si podían lo harían más adelante, es la última vez que nos cogimos de la mano, esa mano pequeña, pero fuerte, me apretó mirándome a los ojos y se la besé, me acerqué la mano libre a la

boca, deposité un beso sobre la yema de los dedos índice y corazón y con todo el cariño se lo acerqué posándoselo sobre sus labios, noté su beso sobre mis dedos.

Mi nombre es Aurelio, soy un hombre con suerte, esta mañana al preguntar por Ángeles a la ojitos almendrados, me ha contestado lo mismo que cada día, pero hoy se le ha quebrado la voz, se lo he notado aunque haya intentado disimularlo, ha entrado con un aparato nuevo, sé que es un respirador y lo ha dejado al lado de mi cama, sé lo que significa, así que cuando se iba a marchar y ha venido a despedirse, como hace todos los días, le he dicho muy bajito para que solo ella me oyese “gracias por todo, mañana volveré a estar con Ángeles”, no he podido verle los ojos pues de repente se le han empañado las gafas, me ha apretado fuerte de la mano, me ha lanzado un beso y se ha ido apresuradamente.

Mi nombre es Aurelio, tengo 75 años, carpintero de profesión, marido de Ángeles, padre de cuatro hijos y siete nietos. Y volveré a verlos a todos ellos desde donde esté mañana. Soy un hombre con suerte.